

VISIÓN DE EUROPA

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Antonio GARRIGUES Y DÍAZ-CAÑABATE*

Europa es una realidad; no va a empezar a existir cuando se unifique, si llega a hacerlo. Europa está ahí desde la caída del Imperio Romano.

No se trata de crear a Europa porque ha sido ella la que ha creado las naciones europeas, que han vivido desunidas y en gran parte enfrentadas durante mucho tiempo. Hay que entender a fondo lo que ha sido la Europa de las naciones para poder entender o imaginar lo que puede ser la Europa unida, Europa como nación.

Voy a intentar demostrar todo lo que ha habido de europeo, de pura «Europa», en la historia de la Europa de las naciones, que es la nuestra.

A Europa no la hacen los territorios extremos de Asia Occidental y sus litorales mediterráneo y atlántico, a Europa la hace el hombre europeo, el hombre nacido en esa tierra que desde antiguo fue llamada, aunque con eclipses en su denominación, Europa. A Europa la hace la raza humana europea. Esa raza, mezcla de razas, es impura, como lo son todas las razas.

Veamos qué razas:

Tras destruir al Imperio Romano, en el período comprendido entre el 404 y el 476, se instalarán en el continente: visigodos, ostrogodos; francos, burgundios, vándalos y suevos, y en el archipiélago británico: anglos, sajones, jutos y frisones. Pero entre ellos se mantiene la presencia romana que es algo especial.

Pero no teman Vds. que vayamos a entrar en este confuso laberinto. En todas las especies animales o vegetales hay «razas»: un caballo, un perro de raza, no dejan por

* Sesión del día 23 de marzo de 1993.

eso de pertenecer a su propia especie. El caballo para correr es peor para el enganche, y viceversa, pero ambos pertenecen a la misma especie racial.

Hay diversas razas humanas, no sólo por el color, sino dentro de cada coloración o de cada etnia, pero todos los que las integran son seres humanos, exactamente iguales ante Dios y ante los hombres. No hay razas constitutivamente superiores e inferiores. El fanatismo de la superioridad de la raza aria costó ríos de sangre y terribles devastaciones, en eso desembocó su superioridad; mas dentro de esa igualdad radical cada raza humana tiene su don especial, su personalidad, su carisma. La unidad en la diversidad es la clave de la creación. Por eso es buena la mezcla de razas, porque se enriquecen recíprocamente. Entre la heterogeneidad y la homogeneidad es mejor la primera. Las razas homogéneas, cerradas, aisladas, se empobrecen.

En España, tanto en la primera invasión musulmana contra el Estado visigótico, como las dos posteriores de almorávides y almohades, hay una impregnación de las razas africanas bereberes, que se integran y se funden con la celtíbera y visigótica. Además, las razas nórdicas, especialmente los vándalos, habían atravesado también, aunque en sentido contrario, el Estrecho de Gibraltar, y se habían instalado en el norte de África. San Agustín, bien africano, muere en «Hípona», en el 430, sitiado por los vándalos, bien nórdicos.

Pero hay que insistir, las razas no dan «racialmente» superioridad ni inferioridad. El secreto del fabuloso Imperio Romano no es racial. Polibio, un griego romanizado, dice: Los romanos partieron de un cálculo real de sus posibilidades cuando se decidieron a su proyecto de dominio mundial. Se da la bravura de los soldados romanos y la superioridad de la Legión sobre la Falange griega, pero, a su juicio, es la constitución política de Roma, la inteligente trabazón de las instituciones del país, lo que da a Roma su fuerza y su superioridad. Los cónsules del Senado Romano y el pueblo de Roma constituyeron una unidad política superior a todo lo que había existido antes; no hay nada racial. No es la de Roma una superioridad racial, sino de civilización, de cultura, de política, que nada tiene que ver con lo racial.

Y así, antes de los romanos, la civilización, no la raza griega, había dado a los hombres una sabiduría extraordinaria, engendrada en Grecia y en el Próximo Oriente, que recibiría Europa primero, a través de Roma, y más tarde a través de los árabes, junto con la propia espiritualidad islámica.

El concepto de superioridad humana es muy complejo. No es sólo la sabiduría intelectual y racional de las mentes pensantes, o el sentido político de la autoridad y del poder, de la justicia legal de dar a cada uno lo suyo, hay también una sabiduría teológica y moral, profundamente humana y sobre-humana. Esto dice San Pablo: «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retíne. Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad nada me aprovecha».

Todo esto no tiene nada que ver con el territorio geográfico de Europa —lo griego, lo romano y lo cristiano lo asume Europa—, pero sí tiene que ver con el hombre europeo, el hombre que nace, vive y muere en ese bien pequeño pedazo del Planeta que se llama Europa.

Entonces, en vez de hablar de las naciones europeas, habrá que hablar de esos hombres europeos inteligentes de cada una de esas diferentes comunidades políticas. Se trata de señalar no las fronteras políticas que han separado a los hombres europeos entre sí, sino al contrario, de destacar y poner en evidencia lo que tienen en común, de unidad moral, todas esas nacionalidades, sus venturas y desventuras, en ese maravilloso proceso histórico que se llama «Europa», al margen de las fronteras políticas.

Empecemos por la religión: religiosamente el pueblo romano había heredado el politeísmo griego. La diáspora judía, que había empezado mucho antes de la conquista de Jerusalén por Tito —es decir, de la gran diáspora— había llevado a Roma el producto religioso extrañísimo en el mundo antiguo, del monoteísmo. Los emperadores romanos se habían endiosado con un culto terrenal sencillo, pero riguroso. Además, desde el siglo primero, el cristianismo, una nueva religión derivada del judaísmo y también monoteísta, con un dios único, pero trinitario, había aparecido chocando con el politeísmo romano y el culto a los emperadores, y con el dios único del judaísmo.

Pues bien, el Emperador Constantino, en la batalla del «Puente Milbius», a sólo unos kilómetros de Roma, tuvo una visión del signo de la cruz y oyó las palabras: «in hoc signo vinces», que le condujeron a abrazar el cristianismo. Esta conversión cambia completamente el mundo tradicional romano y abre las puertas a lo que va a ser, a la caída del Imperio, el mundo europeo de raíz cristiana. Vamos a destacar algunos acontecimientos, instituciones que ha creado Europa.

Lo más importante, a nuestros efectos, es el «Edicto de Milán», dictado por Constantino Augusto, en el que se dicen cosas que parecen de la Europa de hoy mismo: «Hemos creído nuestro deber tratar de aquello en lo que radica el respeto a la divinidad, a fin de conceder tanto a los cristianos como a todos los demás, facultad de seguir libremente la religión que cada uno quiera, de tal modo que toda clase de divinidad que habite la morada celeste, nos sea propicia a nosotros y a todos los que están bajo nuestra autoridad». Los recientes acontecimientos, de enfrentamientos religiosos, por ejemplo, en la India y en tantos otros países, dan una especial significación a estas palabras del siglo IV. Esos enfrentamientos se han conocido bien en nuestra Europa, por ejemplo, en la guerra de los treinta años, entre cristianos, católicos y protestantes.

Esta liberalización del culto cristiano y la cristianización de la persona sacra del Emperador, va a representar en la eclosión del Imperio Romano y en su caída, una posición de ventaja para las nacientes nacionalidades europeas del cristianismo, frente a los oscuros cultos germánicos.

Así empieza a nacer el hombre europeo como hombre cristiano, y el más romanizado del desaparecido Imperio Romano. El Imperio ha muerto, pero la idea imperial, la nostalgia de la unidad y grandeza del Imperio Romano, va a gravitar siempre sobre el hombre europeo hasta nuestros días.

Tan es así, que pronto va a reaparecer la idea imperial europea-romana, pero de la Roma vaticana, en la persona de Carlo Magno, cuando se convirtió en Emperador en el año 800. Así dice Carlo Magno al Papa: «Nuestra misión es, contando con la ayuda de la divina misericordia, defender a la Iglesia Católica contra los ataques de los paganos y la rapiña de los infieles. Vuestro deber es elevar las manos al cielo, como Moisés, y apoyar así nuestros combates para que, gracias a vuestras oraciones, con la gracia de Dios, el pueblo cristiano logre en todas las partes la victoria».

El Imperio Carolingio se extendió en Europa en varias direcciones, pero la expedición del 778 hacia Pamplona y Zaragoza fue un fracaso total; durante la retirada, la retaguardia de su ejército mandada por Roland, fue aplastada en lo que se llamó la «Rota de Roncesvalles». Esto lo hace España, principal objetivo de la propagación islámica.

El término Europa, relativamente raro en la antigüedad, y más todavía en los siglos VI a VIII, reaparece durante la época carolingia, con un claro significado que es el de la unidad cristiana occidental.

Es evidente que el sueño de Carlo Magno fue restaurar el Imperio Romano, basado ahora, como he dicho, en la Iglesia Católica y en la autoridad del Papa que, de hecho, quedaba sometido al Emperador. Pero hay que hacer notar que las conquistas de Carlo Magno no incluyeron, respecto a la Europa comunitaria actual, Grecia, Dinamarca, Irlanda, Gran Bretaña, Italia del Sur, Portugal y la mayor parte de España. Sin embargo, la obra de Carlo Magno no deja de ser asombrosa en una época de comunicaciones tan difíciles, y sobre todo por representar ese primer renacimiento de una Europa unida.

Como anécdota, es curioso recordar que cuando Carlo Magno se convierte en Emperador, el Imperio Bizantino está regido por una bella mujer, inteligente y de pocos escrúpulos, hasta el punto de que ordena sacar los ojos a su propio hijo, la Emperatriz Irene, que ofreció su mano a Carlo Magno para «casar» los dos Imperios. Pues bien, los teólogos occidentales consideraban que Carlo Magno podía ser consagrado en San Pedro de Roma, como Emperador también de todo el Imperio Bizantino. En todo caso, Irene murió antes de que este sueño pudiera realizarse.

El Imperio de Carlo Magno fue eso, un hermoso sueño, pero no puede decirse que desapareciera para siempre al morir el Emperador, ni tampoco que llegara a constituir en realidad, y en su medida, una verdadera unidad europea.

Es discutible si la Europa de las naciones empieza realmente con el fracaso del Imperio Carolingio. La palabra *Europa*, rara en la antigüedad y desconocida de los siglos VI al VIII, reaparece durante el período carolingio, con un claro significado de

la unidad cristiana de Europa. Europa es la cristiandad, algo espiritual, no enteramente político.

Después de Carlo Magno, los dos momentos en los que reaparece el alma de Europa son las *Cruzadas* y las *Peregrinaciones* y otros acontecimientos, como los que representan la «Carta Magna» y las universidades, así como las grandes órdenes religiosas.

La primera Cruzada la predica el Papa Urbano II. Constituye un gran esfuerzo europeo. Empeñados en la reconquista de los Santos Lugares. España es ajena porque tiene su propia Cruzada que va a configurar su historia hasta el «Renacimiento». Pero las Cruzadas, con sus errores, empezando por el empleo de la fuerza como instrumento de cristianización, constituyen un insigne esfuerzo de solidaridad europea en su larga lucha contra el *Islam*. Las «Cruzadas» son el cristianismo europeo, y Europa es el cristianismo.

Hay figuras previas destacadas en la formación del espíritu de Europa, como San Benito, con su fórmula «ora et labora», que preserva la cultura antigua y promueve la cultura del campo como cultura divina y cultura terrenal.

Hay un personaje que es San Bernardo de Claraval que, sobre todo en la segunda Cruzada, se convierte en un verdadero artífice de la unidad europea. En la Europa cristiana, que vive bajo la influencia del Papado de Roma, ese gran monje cisterciense se convierte en uno de los valedores de la Europa unida.

Otro momento europeo de enorme interés, sobre todo para España, es el de las *peregrinaciones*. Fueron un medio extraordinario para que muchos de los distintos pueblos de Europa se conocieran y comunicaran. Los siglos XI, XII y XIII constituyen la gran época de las peregrinaciones. A pesar de las dificultades de orden físico y de todo orden, que eran enormes, cientos de miles de europeos recorrieron Europa en viajes de peregrinación. Los Santos Lugares, en los que nació, vivió y murió Cristo, juntamente con Roma y, sobre todo para nosotros, Santiago de Compostela, fueron entre otros varios los tres primeros centros de atracción de las peregrinaciones europeas.

Las peregrinaciones a Santiago son un tema apasionante y misterioso; San Pablo habla dos veces en sus cartas de su proyecto de visitar España, pero no hay constatación de ello. En cambio sí «aparece» el cuerpo del apóstol Santiago como algo certísimo.

Durante el reinado de Alfonso II el casto (791-842), se descubrió en un lugar próximo a Iria Flavia (Padrón), en el año 813, un sepulcro o «arca marmórea» que guardaba, según la tradición, las reliquias del apóstol Santiago —el hermano de Juan en la transfiguración—. Sobre aquel sitio el rey ordenó la construcción de un templo, a cuya sombra fue creciendo la población. En el siglo X el santuario comenzó a tener una gran influencia que traspasó el ámbito de la región. Pero los musulmanes estaban todavía muy próximos; en los días de Almanzor conquistaron la ciudad y

destruyeron la basílica, reduciendo a los habitantes a la esclavitud, pero respetaron el sepulcro. Sólo el progreso de la «Reconquista» salvaría a Compostela.

Es algo extraordinario lo que ha representado el camino de Santiago en la historia medieval de España, no ya desde el punto de vista religioso, que es obvio, sino desde el punto de vista social y económico. A partir del siglo XI la fama de Santiago traspasó las fronteras; peregrinos de toda Europa afluyeron al recóndito rincón de Galicia. Junto a los más modestos llegaron también los más significados personajes no españoles: ya la viuda de Enrique V, el duque de Aquitania, Luis VII de Francia, infatigable viajero, el obispo de Winchester, el arzobispo de Maguncia, el arzobispo de Lieja, el duque de Austria, San Francisco de Asís, cruzados holandeses y alemanes y monjes nestorianos de la Corte del Gran Khan de los mongoles, el rey de Portugal y muchos más.

Para los españoles, Santiago se convirtió en «el gran campeón de la Reconquista», el «Santiago matamoros», presente en las Navas de Tolosa, que puede llamarse una batalla europea. Para el resto de Europa era el intercesor más próximo, cuya influencia junto a Dios superaba a la de los demás santos. Compostela se convirtió por eso, durante mucho tiempo, en la más célebre ciudad religiosa de toda Europa, casi al mismo nivel que Roma, toda proporción guardada.

Pero hay que insistir en que, aparte de su significación religiosa, aparece la influencia que tuvo ese camino Jacobeo en la incorporación de España a la Europa de los «francos», de los franceses y de otros pueblos europeos. Los francos, de quienes deriva la palabra franquicio, no solamente recorrieron el camino, sino que se instalaron en muchas de las ciudades y poblados del mismo.

No se puede traer aquí un desarrollo de lo que supuso en muchos pueblos y «burgos» —palabra francesa— del camino de Santiago, esa riada de «europeos» de toda Europa, pero es algo increíble. El camino de Santiago no hace el arte «románico», pero sí tiene mucha influencia en él. La historia de maestros de toda clase de artes y artesanías que vinieron a España, es interminable. Nunca ha tenido España un impacto europeo tan grande.

Otro gran momento europeo, nada religioso, de esa época (1215), lo constituye la promulgación de la «Carta Magna», que los barones, una parte del clero y los ciudadanos de Londres, obligaron a firmar a Juan Sin Tierra. Es una gran Carta de Libertades, documento complejo y desordenado, pero que supone el inicio de un régimen parlamentario, institución que es una de la piezas claves del sistema político que, aunque muchos siglos después, imperará en Europa y se extenderá a muchos pueblos de toda la Tierra.

Otro momento bien europeo es el de la Europa de las universidades: las más afanadas de entre ellas, en Francia, España, Italia e Inglaterra, atrajeron estudiantes de Europa entera y contaron, gracias al apoyo de los Papas, con el derecho de enseñar en todas partes.

Es este un momento muy importante en el que Europa asume la cultura antigua.

Se conocían textos de ella a través de los escritos del «Bajo Imperio». Pero en los brillantes momentos de la civilización árabe, las letras musulmanas vertieron a la lengua árabe numerosos textos griegos del conjunto de ese pensamiento y, curiosamente, más de Platón que de los otros grandes nombres. Se puede decir, simplificando mucho el problema, que empieza el gran debate entre razón y fe, un debate típicamente europeo.

Pero volviendo nuevamente al orden político, la idea imperial, que reaparece con Carlos V, dueño de gran parte de Europa y de la América española, reaparece sí, pero no cuaja, no arraiga, porque Carlos V renuncia prácticamente a Europa y se concentra en la empresa hispánica. Los nacionalismos europeos van a surgir con toda su fuerza. Ya la Guerra de los cien años fue una guerra típicamente nacionalista-religiosa.

Hay que recordar, en relación con el acto imperial del levantamiento del cerco otomano de Viena, que en 1453 los turcos se apoderan de Constantinopla, desapareciendo definitivamente el Imperio Romano Bizantino, y que pocos años después se inicia la empresa americana que culmina en el colonialismo europeo universal. Pronto va a iniciarse la ruptura de la unidad católica romana con el protestantismo. Se afirman las monarquías absolutas, que se proclaman de origen divino, pues los príncipes aparecen como ministros de Dios. Bossuet analiza los poderes absolutos de las monarquías en razón de ese orden divino. Es el principio de las dos espadas.

El desmembramiento de la cristiandad y el empobrecimiento de la idea imperial, explican la aparición del concepto de «equilibrio europeo». No se trata de un «status» reconocido, sino de una práctica impuesta por los acontecimientos, que fija a las distintas potencias los límites de su actuación, como freno a sus ambiciones, en juego de pesos y contrapesos. Es una forma imperfecta, pero de unidad. Una homogeneidad entre los Estados en equilibrio, aunque no con los turcos.

Maquiavelo, juzgando imposible la unificación de Italia en su época, llegó a concebir ese «equilibrio» para los cinco grandes Estados italianos: el Papado, Nápoles, Florencia, Venecia y Milán.

Ha habido en Europa un equilibrio, por supuesto inestable como todos los equilibrios, y ha habido también, porque lo exige esa misma inestabilidad, como una búsqueda oscura y encubierta de un liderazgo; lo tuvo, aunque no explícito, Carlos V, como lo tuvo más tarde Luis XIV.

Ese equilibrio se manifiesta en tres grandes Congresos de Europa: el de Westfalia que pone fin, en 1643, a la «guerra de los treinta años»; el de Viena, en 1815, después de Napoleón; y el de París, después de la primera gran guerra. En los tres se trata básicamente, de restablecer el equilibrio europeo a base de un sistema de nuevas alianzas. Estas alianzas se hacen a veces entre los más dispares sistemas políticos. En el Congreso de Viena hay figuras tan destacadas y distintas como Talleyrand, Metternich y Alejandro I de Rusia.

Pero el esplendor del nacionalismo europeo se manifiesta en el fenómeno del

siglo XVII, llamado «gran siglo de hierro»; aparece como un período deslumbrante del espíritu humano en el campo literario y artístico, basado fuertemente en el personalismo de las respectivas nacionalidades regidas por el absolutismo monárquico. Las naciones europeas, en su dimensión cultural, alcanzan su máximo esplendor.

En Francia, el año 1636 contempla al «Cid» de Corneille; 1637, el «discurso del método» de Descartes. Pascal, uno de los pensadores más grandes de todos los tiempos, muere en 1662, a los treinta y nueve años. Molière, Bossuet, Racine, La Fontaine, La Bruyère, entre otros muchos, se sitúan en esta época que va hasta 1715, el «siglo de Luis XIV».

En Inglaterra, después de la «primavera isabelina», William Shakespeare comienza a producir en 1591 y muere en 1616, poco después que el brillante John Milton.

España brilla con todo su esplendor en el «siglo de oro» de su literatura y de su arte. Miguel de Cervantes, nacido en 1547, fue soldado en la Batalla de Lepanto. Esencialmente novelista, contaba más de cincuenta años cuando publicó, entre 1605 y 1615, su inmortal libro «El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha», de que se ha dicho que es una novela «a la vez universal y española». Cuenta España en ese momento con una auténtica pléyade de grandes escritores, principalmente dramaturgos, que inspiran a Europa entera. En ellos Lope de Vega, auténtico monstruo de producción; Tirso de Molina, Calderón. Los nombres de Góngora, Quevedo y Gracián tienen también resonancias universales. Se ha considerado que la muerte de Calderón, en 1681, señala el fin del «siglo de oro».

Desde los días de Carlo Magno, no se ha estado más cerca de una Europa unida por un dominio político, como en la época de Napoleón Bonaparte. Pero es esta una Europa que concitará el odio de todos. Los propios franceses, héroes de la epopeya, salen de ella enormemente cansados. Campesinos y artesanos —la base de la población— habían constituido la esencia misma de los «reclutamientos». Si se añaden las dificultades inherentes al bloqueo, nos explicamos el creciente descontento de Francia.

Pero hay que hacer aquí alusión a lo que representa ese fenómeno napoleónico. La experiencia napoleónica demostrará que «Europa no puede nacer como consecuencia de una conquista». La Revolución y Napoleón Bonaparte se han mostrado infinitamente más audaces que Luis XIV. La ruptura del «equilibrio europeo» se ha hecho intolerable en los días de Napoleón. Fue en suma un intento de unificar Europa por la fuerza, en provecho de Francia.

Más tarde será Adolf Hitler el que intentará unificar Europa en provecho de Alemania, también por la fuerza. Y en los dos casos sucederá lo mismo, Europa aborrecerá esos intentos y a los hombres que los dirigen. Contra las conquistas de Napoleón reaccionarán los europeos por medio de la «coalición» y los levantamientos populares nacionales. En la reacción contra Hitler entra también Norteamérica.

Empieza el gran momento histórico de la Europa de las naciones. Los europeos, superados hasta el siglo XII por árabes y chinos, absorbieron los inventos técnicos de

ambas civilizaciones. En el siglo XV las habían sobrepasado ya ampliamente; era ostensible en el campo de la ciencia pura, en la navegación, en el armamento, en la arquitectura.

La Revolución Industrial y Tecnológica iniciada en el siglo XVIII añadirá un rápido progreso a la fabricación de objetos de toda clase, a los medios de transporte, a la biología, a la medicina. Se pasó del trabajo manual al empleo masivo de la máquina; los inventos se sucedieron con rapidez.

El crecimiento de los recursos, unido a la mejora de la alimentación y los avances médicos, disminuyó la mortalidad, antes de que la natalidad se contrajera.

Pero hay que revelar ahora que esta formidable expansión tuvo su contrapartida y su fuerte negatividad. A título indicativo debe recordarse: la miseria del proletariado a comienzos del gran capitalismo, el incremento de la desigualdad entre las distintas regiones del mundo, la incitación a conquistar pueblos no europeos. Al mismo tiempo, una fuerte emigración europea prolongó nuestra forma de ser hacia Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Africa del Sur.

La producción crecerá más tarde en una Segunda Revolución Industrial (1870-1950) basada en el petróleo y la electricidad, y en una «Tercera Revolución», con la robotización del trabajo y el empleo del ordenador. Pero estos progresos, lejos de favorecer el acercamiento entre los europeos, que se repartían los inventos, estimularon sus rivalidades, sazonadas con las crisis nacionalistas.

El final del siglo XIX, ya tan próximo a nuestro siglo, es el del apogeo de los nacionalismos y el preludio de las dos grandes guerras civiles nacionalistas, la del 14 y la del 39 y, también del renacimiento de la idea siempre latente de una Europa unida.

El equilibrio terrible de las trincheras en la guerra del 14, terminó con una paz de la que Paul Valéry dijo: «los pobres europeos prefieren jugar a “Armagnacs” y “Borgoñones” antes del papel asumido por los romanos, cuando dominaron durante siglos el mundo».

Hubo tratados de paz y alianzas, pero poca paz y ninguna solidaridad europea.

Hay el proyecto de Briand de unión europea, muy bien intencionado, pero prematuro, y otros movimientos de gentes bien pensantes.

Había gentes que pensaban así: ¡Qué será de Europa cuando ningún Estado se sienta seguro si no tiene más cañones que sus vecinos! Pero Bismarck, aunque con una cierta supremacía alemana, sigue siendo partidario del equilibrio europeo.

Estamos en la gran época del colonialismo concebido como una misión civilizadora, es decir, abrir a la civilización aquella parte del mundo que no la conocía. Traspasa las nieblas que envolvían a pueblos enteros.

La gran depresión del 29 se achaca a la guerra del 14-18, a las deudas de la guerra, y a la crisis de la Bolsa de Nueva York en el 29. Entonces aparecen fórmulas como la de la deflación, la devaluación y el control de cambios.

Maestra del mundo, más rica, más fuerte, más avanzada científicamente, Europa se ha destruido a sí misma durante el terrible período de los treinta años que se suceden entre la Primera Guerra Mundial (14-18), un período de paz ilusorio (18-39) y una Segunda Guerra Mundial (39-45) de Gaulle y Churchill hablarían de una guerra de treinta años.

Hay una gran reacción de los intelectuales europeos contra la situación de desconcierto de toda esa época en casi todos y cada uno de los países europeos. Hay muchos textos; el de nuestro Ortega y Gasset, en «La rebelión de las masas», dice así: «si la propia Europa no se acostumbra a mandar, será suficiente generación y media para que el Antiguo Continente, y con él, el mundo entero, caiga en la inercia moral, en la esterilidad intelectual y en la barbarie general».

Hay otros muchos textos, si no tan extremados sí de profunda crisis de la situación de Europa y de su incapacidad para resolver los problemas que la abruman.

Ranke dice: «Los Estados cristianos de Europa deben ser considerados como un conjunto, en cierto modo como un Estado».

Y Nietzsche: «Las naciones europeas son, como las ha concebido la historia, los miembros de un gran senado».

Y Paul Valéry subraya en la civilización europea tres grandes apartados: el de Roma, las instituciones y las leyes, el cristianismo que alcanza lo profundo de la conciencia y hace a los hombres iguales ante Dios, y el de Grecia, que ha hecho que el hombre se convierta a sí mismo en sistema de referencia al que todas las cosas deben orientarse. Y todo esto entra en quiebra.

Estamos entrando en el proceso de unificación. En la Conferencia de la Haya hubo una verdadera concentración europea. El Consejo Europeo, presidido por Churchill, reúne a más de ochocientas personalidades venidas de todos los pueblos de Europa.

Subsiste la amenaza soviética y el «Telón de Acero», y crece el prestigio de Estados Unidos; pero puede decirse que con el Plan Marshall se inician treinta años de gran prosperidad. En ese período se produce, además, el fenómeno importantísimo de la descolonización, con lo que se eliminan en Europa las rivalidades coloniales.

Aparece en escena Jean Monnet y Robert Schumann y de Gasperi y Adenahuer. Schumann, Adenahuer y de Gasperi eran tres demócrata-cristianos y los tres procedían de regiones fronterizas.

A partir de aquí ya estamos casi en nuestros días, casi en Maastrich.